

fecunda, que sembrará muchas inquietudes e incitará al estudio ulterior de los temas tratados. Obra pletórica de ideas, riquísima en ángulos de enfoque, sugestiva y llena de originalidad. Pero estas mismas características tienen que provocar la discusión y la crítica. La mía constituye la prueba del interés con que he leído y el reconocimiento de su mérito excepcional.

Lino GÓMEZ CANEDO
*Academy of American Franciscan
History*

Jonathan I. ISRAEL: *Race, class and politics in colonial Mexico — 1610-1670*, Oxford University Press, 1975, xiii + 305 pp., bibliografía, mapas e índices. «Oxford Historical Monographs.»

Varios autores han llamado la atención sobre la importancia del siglo xvii en la historia de Hispanoamérica, en general, y de México, en particular, quejándose del olvido al que se ha relegado esta etapa formativa del mundo hispanoamericano. Afortunadamente, esas quejas han sido respaldadas con excelentes trabajos, que hoy constituyen verdaderos modelos de investigación por la ingeniosidad de los métodos empleados, por lo completo y estimulante del relato y, sobre todo, por la muestra evidente de lo fascinante que resulta el siglo xvii en Nueva España, nada lento en su transcurso ni flaco en su realidad, como dijo algún historiador en los años cuarentas.

Podemos decir, tomando en cuenta una literatura histórica que no se ha interrumpido desde 1951, que “el siglo olvidado de México” —como lo bautizó Lesley Bird Simpson— va saliendo del olvido a fuerza de excelentes monografías, a las que debe sumarse el libro de Jonathan I. Israel, donde se intenta nada menos que analizar la vida política de Nueva España entre 1621 y 1670 a la luz de las presiones sociopolíticas discernibles en la sociedad mexicana de aquella época. Los sucesos políticos narrados se inician en 1621 con el nombramiento del marqués de Gelves como virrey de Nueva España y se suceden con intensidad propia hasta el fin del período virreinal del conde de Baños (1664). El considerar las fuerzas sociales y económicas que conforman el período ha alargado el marco

cronológico, tal como enuncia el título de la obra, cuya trama más viva se ciñe al tiempo de Felipe IV. Por eso, se nos antoja dar un título en español para este libro: *Vida social y política de Nueva España en la época de Felipe IV*.

Congruente con su intención, el autor divide la obra en dos partes. La primera pretende dar una imagen "estática" de la estructura socioeconómica, que luego se pondrá en relación con el cuadro cambiante de las personalidades y acontecimientos políticos, tratado en la segunda.

Qué tan estática resulta la imagen de la sociedad novohispana dada por el autor es algo que debemos preguntarnos frente a su propia advertencia, pues el desarrollo de esta imagen, iniciado en la introducción, donde nos describe a grandes rasgos la sociedad que resultó de la conquista y sus cambios hasta los finales del siglo XVI, es una imagen viva, movida por la fuerza de los desastres demográficos en la población indígena, por el asentamiento de los españoles y el avance hacia nuevas tierras que no acaban de acotar; por los intentos de imponer orden en una sociedad que se complicaba por el mestizaje y por las pugnas que surgieron entre los grupos engendrados en ella. Una sociedad, en suma, que bajo la apariencia de una prosperidad cercana a sus límites y de un orden, acumulaba fuerzas propias. A lo largo del siglo XVII se producirían tensiones que, bajo el menor pretexto, desbocarían en acontecimientos políticos de muy complicada trama y alcanzarían manifestaciones tumultuosas, poniendo a prueba la eficiencia del sistema de gobierno.

Los indios fueron la manzana de la discordia entre eclesiásticos y civiles, entre el clero secular y el clero regular, entre criollos—quienes abogaban por el trabajo libre de los indígenas— y los peninsulares— partidarios del servicio y de las prestaciones forzadas—. Los indios son vistos a través de esta discusión en la que los bandos disidentes apuntan su visión del destino de esos protagonistas pasivos de la historia política. El intento de comprenderlos se anuncia en la página 42, cuando pasa el autor a describir la estructura de los pueblos y comunidades indígenas, pero todo ha de quedar en intento. Su abundante material lo obliga a restringir el libro a las pretensiones de los conquistadores a ordenar la vida indígena; vida que estamos condenados a ver como algo derivado de la visión española, pues españoles son los testimonios con que podemos narrarla.

Los mestizos, negros y mulatos, junto con los españoles vagabundos, resultan la parte más ágil de esa sociedad, en apariencia definida y estática. La apreciación de estos grupos varía geográficamente; no son considerados viles los mestizos de las zonas apartadas. Además, cambia su apreciación y hasta el criterio para definir a los mestizos y castas según los cargos o profesiones que desempeñen. No hay un mestizo típico, hay situaciones sociales en una sociedad que se fue complicando por las relaciones y mezclas de los elementos que la formaron en el siglo xvi y por la constante llegada de nuevos pobladores o acarreados, como los "chinos", filipinos que llegaban a Nueva España.

Los españoles constituyen el grupo en que los conflictos son más explícitos, aunque no por ello menos difíciles de discernir. La oposición más clara se encuentra entre los criollos y peninsulares; pero ésta tiene muchos medios para manifestarse: la nobleza, la pugna por la obtención de cargos en el clero y en el gobierno civil, la vida económica y la cultural. En todas hallamos el conflicto criollo-gachupín, cuya trascendencia en la vida política es clara en la narración, pero difícil de señalar en un párrafo como éste, debido a los muchos afluentes que lo nutren.

Vascos, portugueses, italianos y judíos son grupos minoritarios que juegan un papel importante. Los vascos, por su actividad comercial y por la constante pugna con los grupos criollos; los portugueses sentidos como extraños y perseguidos como tales después de 1640, por la reacción nacionalista de España frente a Portugal. En esta persecución se recrudecen las actitudes y medidas contra los judíos, pues se ve en ellos a los peores enemigos, y se identifica a los portugueses como tales mientras no prueben lo contrario.

Resulta interesante la visión de estos grupos minoritarios que viven en el seno de la "república de españoles". Hay en las personas que los forman biografías intensas, andanzas por el mundo conocido hasta entonces. La sociedad criolla, fortificada en los gobiernos locales tras los cabildos de las ciudades, cierra sus filas y ataca a estos inquietos protagonistas de la vida novohispana azuzando a las autoridades del reino y al tribunal de la inquisición. Celos, envidias, razones de comercio y de identidad religiosa y cultural se manifiestan en este ataque.

¿Puede resultarnos estático este retrato de la sociedad? No. El autor lo ha llamado estático como un recurso para lograr la aten-

ción y demostrar precisamente lo contrario. Lo va a confirmar la narración de los sucesos políticos, donde encontramos dos bandos: los españoles peninsulares, en alianza con las órdenes mendicantes (divididas en su interior por razones de la misma pugna que comparte toda la sociedad) y la burocracia de altos cargos, por una parte, y, por otra, los criollos, en alianza evidente con el clero secular. Tal es el cuadro que aguarda el detalle de los personajes.

El marqués de Gelves, reformador probo e intolerante, al tratar de poner en práctica las medidas de austeridad y eficiencia con que se inicia el reinado de Felipe IV bajo los dictados del conde-duque de Olivares, se enfrenta al arzobispo Pérez de la Serna, quien aunque compartía los deseos de reforma, estaba desengañado de las posibilidades que para ello presentaba la sociedad en que vivía, al grado que expresaba su pesimismo diciendo que sería más fácil conquistar otra vez a Nueva España, que reformarla. La lucha entre los grupos que ambos tratan de cambiar los lleva al enfrentamiento, que culmina con el motín de la ciudad de México en 1624, donde se hace evidente la popularidad del arzobispo, pero, al mismo tiempo, se advierte la imposibilidad de una reforma enérgica, de cuyo intento se cuidarán los sucesores del virrey y del arzobispo para evitar las manifestaciones brutales de un conflicto que les impone la sociedad en que gobiernan. El virrey Cerralvo, sucesor de Gelves, llega a Nueva España con demandas económicas y restricciones al comercio que los novohispanos hacían por el Pacífico, y tiene que palpar la oposición de los criollos. Tiene que tolerar la virtual impunidad del clero y conllevar con él la carga del orden, moderando su política regalista. Esto fue posible gracias a la relativa prudencia de los arzobispos con quienes compartió el poder, que tal era el secreto de la política en Nueva España.

Todo ese equilibrio, tan trabajosamente montado, se viene abajo frente a la enérgica figura de Juan de Palafox y Mendoza, obispo de Puebla, visitador, arzobispo de México y gobernador del reino por poco tiempo. Cargos en los que este hombre mide las dificultades de un gobierno sobre una sociedad dividida y, por si fuera poco, con un apartado burocrático inmenso, donde las lealtades se anquilosan hasta el grado de abandonar todo deseo de reforma, donde la corrupción —mal con el que todos lidiaron y que muchos compartieron— era inevitable. La pugna de Palafox con las órdenes religiosas se debió no sólo a su política de secularización, pues con ella y tras ella estaba la oposición entre los distintos sectores de la

sociedad y del gobierno. Su energía frente a estos grupos en que asomaban intereses privados sobre los del rey y su celo apostólico lo llevaron a realizar lo imposible en otra latitud: unificar en su contra jesuitas y a dominicos a la sonora burla de un obispo, y, por fin a tener que abandonar su diócesis de Puebla para acabar sus días en el obispado de Osma.

Los lazos y la energía se aflojan; los virreyes que siguen van dando muestras de corrupción y relajamiento en las costumbres. Modelo de esto es el conde de Baños, en quien termina el desastre de los ya, para ese entonces, olvidados propósitos de reforma social y política, iniciados bajo el reinado de Felipe IV.

Tal es la trayectoria evidente en el libro de Jonathan I. Israel. El mérito de la obra está sin duda en el intento bien logrado de explicar la sociedad de aquel entonces. El relato es bueno y confiamos en que logrará captar la atención de quienes busquen entretenerse con la lectura de un libro de historia novohispana. Para el investigador es además útil. Le hará ver claras muchas de las fuerzas que se ocultan tras los sucesos de la historia política y lo proveerá de una amplia documentación, de multitud de fuentes de primera mano que la historia política no ha sabido apreciar al no poner en relación crónicas de conflictos y alegatos con la sociedad que los genera.

Andrés LIRA
El Colegio de México

James LANG: *Conquest and commerce — Spain and England in the Americas*, Studies in social discontinuity, New York-San Francisco, Academic Press, 1975, vn + 261 pp., ilus., mapas.

Abundante es ya la cosecha producida, desde el siglo pasado, por la historiografía norteamericana sobre España e Iberoamérica, en la que el período colonial ha ocupado un lugar muy importante. Estudios sintético-generales, demográficos, institucionales, políticos, económicos, legales, etcétera, a los que se ligan en la época moderna los nombres de muchos estudiosos cuyas obras sería largo e innecesario enumerar. La tónica actual, merced a los nuevos enfoques teórico-metodológicos y fundamentales gracias a lo que podríamos llamar una nueva actitud mental, ha variado. Más que ver